

Francisco Fernández Turienzo (1929-2015). In memoriam

PABLO GARCÍA CASTILLO
Universidad de Salamanca

El pasado mes de junio moría en Boston un leonés universal, el profesor Francisco Fernández Turienzo, cuya larga vida intelectual giró en torno a sus dos autores predilectos: Miguel de Unamuno y Miguel de Cervantes.

Su formación académica se inició en la Universidad Pontificia de Salamanca, en la que obtuvo la licenciatura en Filosofía en 1956. Tras obtener una Beca de Investigación del Ministerio de Educación continuó sus estudios en la Universidad de Munich, en la que alcanzó brillantemente el doctorado en Filosofía, con una tesis sobre Filosofía Natural, en 1960. Después de esta primera estancia en Alemania, completó su formación realizando, en 1965, un doctorado en Filología, en la Universidad de Basilea, presentando una tesis doctoral sobre la filosofía y la poesía unamunianas, que se convertiría en su primer gran libro bajo el título *Unamuno, ansia de Dios y creación literaria*¹.

Esta sólida formación filosófica y filológica constituye el fundamento de su larga trayectoria docente e investigadora desarrollada en diversas universidades, bien por medio de cursos regulares, bien participando en Congresos y Seminarios internacionales, en los que siempre destacó por el rigor intelectual y la precisión y claridad de su discurso, fruto de esa doble formación filosófica y filológica que tan brillantemente supo armonizar.

Desde su llegada a la prestigiosa Universidad de Massachusetts, en la ciudad de Amherst, en la que fue profesor desde 1969 a 1996, enseñó a numerosas generaciones de alumnos la lengua y la literatura españolas, sembrando en ellos la curiosidad y el gusto por los textos de Fray Luis de León y Cervantes, de Gracián, Machado y Unamuno. De su excelente labor docente baste citar un dato. En 1980 se le concedió el premio más prestigioso para un profesor: el *Distinguished Teaching Award*. Un premio que se concede por votación de los alumnos.

Dictó también cursos de literatura española en la Universidad de Puerto Rico, en 1982, y en la Universidad de Québec, en 1984. Y culminó su docencia universitaria en la Universidad de Salamanca, en la que fue nombrado, en 1997, profesor de la Cátedra Extraordinaria “Miguel de Unamuno”. Como tal, durante los meses de mayo y junio, dirigió un Seminario y dictó un curso, en los que exhibió los espléndidos conocimientos que atesoraba tras su ininterrumpida relación con los textos unamunianos. El seminario llevó por título “Pensamiento y sociedad en Unamuno”. Abierto a alumnos y profesores de filología y filosofía, se centró en cuatro temas principales: I. Unamuno,

¹ Madrid, Alcalá, 1966.

Ortega y la generación del 98. II. Socialismo y liberalismo en Unamuno. III. El problema religioso en Unamuno y IV. La novelas de Unamuno. Los comentarios de los textos seleccionados y los abundantes debates convirtieron el aula y la cátedra Miguel de Unamuno en el escenario de una experiencia enriquecedora.

El curso, más amplio y especializado, lo tituló “Unamuno: la libertad del pensar”. Recogía en este epígrafe su idea largamente reiterada, desde la publicación de su tesis doctoral, de que Unamuno fue el primer español que pensó con plena libertad. En su sesión inaugural, el profesor Fernández Turienzo señaló que, aun siendo el escritor vasco el introductor en España del pensamiento europeo y, sin negar su vinculación con los intelectuales de su generación, Unamuno fue siempre un pensador al margen de toda tradición y de todo dogma, un heterodoxo tanto religiosa como filosóficamente. Los temas centrales de este curso fueron, entre otros, la intrahistoria y el inconsciente, el socialismo y el liberalismo, la mística española desde la visión unamuniana, el problema de la inmortalidad, Dios y la conciencia y la antitética y la dialéctica. Pero, sobre todos ellos, destacó sin duda la atención especial que el profesor Fernández Turienzo dedicó a las relaciones entre filosofía y poesía en Unamuno. Como recoge el título de su tesis, la creación literaria es expresión de esa filosofía poética o poesía filosófica unamuniana. Así lo recogían ya estas palabras de su libro:

En Unamuno se da y tiene que darse una “visión poética de la realidad”, y la confusión de los géneros literarios que en él se aprecia a simple vista, no es ni caprichosa ni carente de base en su pensamiento. Lo poético no es en él algo superpuesto, o una creación al lado de la ontología. Unamuno es, cuando menos, tan poeta como filósofo. El contenido de sus poesías es fuertemente ideológico y encuentran allí expresión las mismas preocupaciones que dan vida a sus ensayos filosóficos².

De la trayectoria investigadora del profesor Fernández Turienzo sobresale igualmente su larga dedicación a la obra de Unamuno. Además de su primer libro ya citado, es preciso destacar su edición crítica de *En torno al casticismo*³, sus dos ediciones de *San Manuel Bueno, mártir*⁴ y su edición de *Niebla*⁵. Todas ellas van acompañadas de amplias y lúcidas introducciones, así como de una exhaustiva bibliografía y un aparato crítico de notas, en las que se advierte la pasión incontenible por la claridad y la precisión conceptual, que son cualidades permanentes en su quehacer intelectual. Escribió un buen número de artículos sobre la obra del Rector de la Universidad de Salamanca. Recordamos algunos de los más importantes⁶.

² *Ib.*, p. 128.

³ Madrid, Alcalá, 1971.

⁴ Salamanca, Almar, 1975 y Madrid, Alhambra, 1985.

⁵ Madrid, Alhambra, 1986.

⁶ “San Manuel Bueno, mártir: un paisaje del alma”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, n. 26 (1978), pp. 113-130. “Miguel de Unamuno”, en *Columbia Dictionary of Modern European Literature*, 2ª ed. (1980), pp. 829-830. “San Manuel Bueno, mártir: el hombre que buscaba su realidad”, en *Revista de Literatura*, n. 43 (1981), pp. 91-111. “Unamuno, Menéndez Pelayo y la verdadera realidad histórica”, en *Volumen Homenaje a Miguel de Unamuno*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1989, pp. 575-596. “*El sentimiento trágico* de Unamuno: historia del texto y dialéctica de la razón y la fe”, *Actas del Congreso Internacional del Cincuentenario de Unamuno*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1989, pp. 291-315.

Todos estos cuidadosos estudios sobre los textos unamunianos revelan la pasión que sintió siempre por su autor predilecto, que se traduce en la clara expresión de una prosa sencilla, precisa y llena de matices que llevan al lector a una profunda comprensión del lenguaje unamuniano. Y, junto a esta preocupación por la expresión, se percibe también la sólida formación filosófica que le permite detectar y delimitar las fuentes en las que bebe el pensamiento unamuniano. Lo hizo magistralmente en la explicación del concepto de intrahistoria, en su comentario de *En torno al casticismo*, señalando la deuda unamuniana con la psicología que acababa de nacer como ciencia y lo hizo otra vez en sus interpretaciones de la *nivola* y su deuda con la creación narrativa de Cervantes y con la superación del positivismo y el naturalismo, mostrando la genial invención del expresionismo unamuniano y de su anticipación del existencialismo. Y destaca también su perspicaz visión de la poesía que se esconde tras la obra más comentada de Unamuno, *San Manuel Bueno, mártir*. En ella, no sólo descubre el evangelio o el testamento de Unamuno, que otros intérpretes han mencionado, sino que reconstruye el perfecto encaje de elementos unamunianos que entretejen el relato y nos hace ver cómo adquieren sentido en esta última novela, como un mosaico que permite entender la fe agónica y la lucha por alcanzar el sentido de la existencia, desde la crisis del 97 hasta el último momento de la creación literaria de Unamuno. Un recorrido por algunos textos tempranos, especialmente de *En torno al casticismo*, así como el recuerdo de algunos versos de *El Cristo de Velázquez* y de ciertos pasajes de *Niebla*, le sirven al profesor Fernández Turienzo para hacernos penetrar en el sentido profundo de esa villa sumergida en el fondo del alma de San Manuel y del alma de todo hombre que quiere creer en una realidad plena más allá de la niebla de la razón positiva. En fin, podría decirse que los ojos del profesor Fernández Turienzo son nuestra mejor compañía para acercarnos confiados a la lectura de su admirado don Miguel. Baste un simple ejemplo, tomado de un breve comentario suyo de *Niebla*, que muestra el tono siempre sugerente y atractivo de sus pertinentes observaciones:

Hace ya tiempo dejé asentado lo que, en su sentido hondo y original, significa esta “niebla”. En este sentido, y dejando de lado lo que al lector desprevenido pueda sugerirle esta sugerente palabra, es lo cierto y probado que en esta “niebla” resuenan las “nieblas” y “nebulosidades” que Menéndez y Pelayo había fustigado con ardor en las controversias que he mencionado ya. De aquí es necesario partir. Leyendo, por tanto, este texto, *Niebla*, en su contexto adecuado, es patente que “niebla” se refiere primeramente al discurso que no es discurso claro, ni latino, sino más bien “nebuloso” y protestante. Estas “nieblas” y “nebulosidades” llegaron a significar mucho en la vida de Unamuno. La lectura, sentida también, reposada, de la novela titulada así, lo pone de manifiesto⁷.

“Unamuno, lo inconsciente y la historia”, en *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, n. 32 (1997), pp. 77-98. “La “niebla” de *Niebla* de Unamuno”, en *Estudios de Literatura Española de los siglos XIX y XX*, Madrid, CSIC., 1998, pp. 860-868. “Historia y leyenda en Unamuno”, en CHAGUACEDA, A. (coord.), *Miguel de Unamuno, estudio sobre su obra III. Actas de las VI Jornadas Unamunianas*, Salamanca, Casa-Museo Unamuno, 29-30 de octubre de 2005, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2008, pp. 129 -143.

⁷ “La “niebla” de *Niebla* de Unamuno”, o. c., p. 860.

Para concluir estas leves pinceladas sobre la metodología hermenéutica que el profesor Fernández Turienzo aplica a los textos unamunianos, en la que se remonta a las fuentes y desciende desde ellas hasta su ordenada presencia en la creación artística de Unamuno, citaré un breve pasaje de su estudio preliminar a la edición de *San Manuel Bueno, mártir*, en el que se percibe esta técnica interpretativa cuidadosa. Además, este ejemplo me sirve para mostrar una de las tesis más reiteradas por el profesor Fernández Turienzo respecto al origen y el desarrollo del pensamiento unamuniano, la de que el mundo y la historia carecen de sentido, son una especie de broma de mal gusto, pero el hombre de carne y hueso, el que vive y muere, es anhelo de inmortalidad, deseo de salvar la identidad personal, el alma, cuya existencia se ve amenazada por la disolución racional. Pues bien, en esta lucha por salvar el alma, por encontrar una salida al enigma de la existencia humana, Unamuno se acuerda de Homero y de Spencer, cuyos retratos le acompañan para que no olvide esa agonía constante que fue su vida y su creación literaria y filosófica. He aquí el texto en que el profesor Fernández Turienzo reconstruye los orígenes del pensamiento unamuniano y, apoyándose en el testimonio del propio autor, nos hace ver con maestría el lugar que ocupan sus fuentes en una filosofía construida como un inmenso retablo, como una espléndida creación poética. Dice así:

Unamuno confirma con su ejemplo la antigua verdad de que nadie es buen juez en su propia causa. Sin embargo, a través de sus informaciones, nos es dado reconstruir, efectivamente, los orígenes de su pensamiento y, con ellos, del problema que le torturó, aunque también le inspiró durante toda su vida. Dos pensadores tan heterogéneos como Spencer y Schopenhauer coinciden en negar la teleología, la finalidad del Universo. De esta manera cierran el paso a todo intento de plantear con sentido el problema de la inmortalidad. Schopenhauer, a su vez, atrajo la atención de Unamuno sobre aquellos versos de Homero, que uno y otro citan a menudo: “Los dioses traman y cumplen la perdición de los mortales para que los venideros tengan algo que contar”. También la historia, lejos de ser el pensamiento de Dios en la tierra, es un juego sin sentido; en el fondo, una broma de mal gusto. Y en el *Diario de la crisis* (1897) encontramos este pasaje revelador: “Tuve por mucho tiempo en mi cuarto de estudio dos cartones, un retrato de Spencer y otro de Homero, hecho por mí, a cuyo pie había copiado... (los versos citados)”. Spencer, Darwin, Schopenhauer, Homero: un psicólogo, un biólogo, un filósofo y un poeta unidos en una fatal convicción⁸.

El otro gran nombre que llenó sus horas de lectura, meditación y largas reflexiones fue Miguel de Cervantes, al que dedicó un buen número de artículos⁹.

Tal vez Cervantes fue el primer autor que cautivó sus ojos de filólogo y no cabe duda de que el *Quijote* fue su lectura preferida durante los años de profesor y consti-

⁸ UNAMUNO, M. DE, *San Manuel Bueno, mártir*. Ed. de F. Fernández Turienzo, Madrid, Alhambra, 1985, p. 42.

⁹ “El *Quijote*, historia verdadera”, en *Anales Cervantinos*, n. 18 (1979-1980), pp. 35-48. “La visión cervantina del *Quijote*”, en *Anales Cervantinos*, n. 20 (1982), pp. 3-27. “El ‘pasaje más oscuro’ del *Quijote* y las ideas estéticas de Cervantes”, en *Anales Cervantinos*, n. 21 (1983), pp. 51-71. “Don Quijote y las fronteras de la razón”, en *Folia Humanistica*, n. 21 (1983), pp. 391-412. “Dialéctica platónica y experiencia de la vida en el *Quijote*”, en *Folia Humanistica*, n. 26 (1986), pp. 179-196. “Sentido trágico de *El curioso impertinente*”, en *Anales Cervantinos* (1998), pp. 213-242.

tuyó su primera pasión investigadora. Lo mismo que sucedió con Unamuno, las investigaciones del profesor Fernández Turienzo establecieron el vínculo indisoluble entre el autor y su obra, entre el hombre de carne y hueso y su ficción poética. Y, entre las muchas ideas que sugirió en sus estudios, destaca de manera extraordinaria el platonismo de Cervantes, que siempre apoyó en una lectura cercana de los grandes mitos platónicos y en especial el de la caverna. Y, junto a ello, es también notable el conocimiento de la *Poética* de Aristóteles y de las interpretaciones renacentistas y modernas de la ficción poética y sus géneros, así como de las novelas ejemplares y su notable influencia en la teoría unamuniana de la novela.

Pero Cervantes es, a los ojos inteligentes del profesor Fernández Turienzo, el inventor de la novela moderna, que supo presentar el ideal platónico en conjunción con la vida real, incorporando la propia vida en la literatura, pues Cervantes, como Lope, “engendró un mundo fantástico, lleno de intensa poesía”, un mundo de belleza inasequible que fascinó al propio Unamuno, como recoge este pertinente comentario del profesor Fernández Turienzo:

Don Quijote no hace en rigor otra cosa que lo que hizo Lope: fabricarse, en su calenturienta imaginación, un mundo fantástico, que a nosotros nos resulta bello, precisamente porque lo sabemos imposible. ¡Lástima que no sea verdad tanta belleza!, decía Unamuno. La inmersión de este mundo en el mundo real, es lo que pone en movimiento la acción del Quijote. Y, del choque entre los dos, nace la insuperable ironía cervantina... El mundo con el que se encuentra don Quijote a cada paso, en el que se mueve, es un mundo real. Y el hecho de que el protagonista no lo perciba así —y así lo perciba el lector—, origina constante ironía por desproporción, el resultado de una realidad vista desde perspectiva doble. En el Quijote hay, por tanto, la presencia constante de dos mundos. Pero estos dos mundos no están ni separados, gracias a la inigualable maestría de Cervantes. Están mutuamente referidos, íntimamente relacionados, sin que sea posible trazar líneas divisorias, ni fronteras entre uno y otro. Esta armonización artística entre contrarios indiminuidos, de realidad y de ficción, no ha sido igualada jamás en la literatura universal¹⁰.

Otros grandes nombres de la literatura española como Fray Luis de León, Calderón y Tirso de Molina han merecido también su atención¹¹.

Muchas de estas y otras publicaciones han sido fruto de su intervención, siempre sugerente y enriquecedora, en numerosos Congresos Internacionales, en los que presentó a Teresa de Jesús como escritora, glosó la trama de los autos sacramentales de Calderón, analizó las ideas de los krausistas españoles, exaltó la figura ética de Aranguren, interpretó con profundidad la nada de Molinos o discutió con pasión algunas tesis de los hispanistas más prestigiosos.

¹⁰ “La visión cervantina del Quijote”, o. c., pp. 25-26.

¹¹ “El Burlador: mito y realidad”, en *Romanische Forschungen*, n. 86 (1974), pp. 265-300. “El convidado de Piedra: Don Juan pierde el juego”, en *Hispanic Review*, n. 45 (1977), pp. 43-60. “La novela picaresca: positivismo, marxismo, estructuralismo”, en *Revista de Literatura*, n. 42 (1979), pp. 45-53. “El método histórico-filológico y *Los nombres de Cristo*”, GARCÍA CASTILLO, P. (ed.) *Trabajos y Días salmantinos*, Salamanca, Anthema ediciones, 1998, pp. 299-349.

Para concluir este breve recuerdo de un ser humano vital y apasionado y un intelectual destacado que cultivó la investigación filosófica y filológica en el ámbito del hispanismo y la difundió en Europa y América, debo decir que sólo su precaria salud le impidió en los últimos años terminar su primer proyecto juvenil. Antes de publicar su primer libro ya había concluido un amplio estudio que lleva por título *Cervantes o así nació la novela*, que se halla listo para su publicación, aunque aún han de incorporarse al texto final algunas notas que dejó manuscritas.

Unamuno y Cervantes fueron son dos grandes pasiones y, si bien es cierto que pudo llevar a cabo su sueño de editar y comentar las principales obras del primero, queda aún pendiente, como tarea que esperamos poder cumplir, la edición de su primer estudio sobre Cervantes en el que se adivinan ya sus enormes dotes de fino intérprete y sus conocimientos de la figura del primer autor que le llevó hacia la literatura y el pensamiento hispánicos. La Asociación de Hispanismo ha tenido el honor de contarle entre sus socios.